

## Obama y Xi Jinping: las civilizaciones como agenda

RICARDO LAGOS  
Ex Presidente de Chile  
Clarín, Marzo 2012

Ocurrió hace un par de semanas en Washington: Xi Jinping, ya reconocido como futuro presidente de China, sostuvo una conversación en profundidad con el presidente Barak Obama, también llamado, según dicen las encuestas, a seguir siendo mandatario de Estados Unidos por otros cuatro años. El encuentro fue percibido por gran parte de la prensa internacional como una reunión habitual entre dos líderes de países muy diversos. Sin embargo, creo que debemos mirar esa cita con una perspectiva mucho más amplia. Ese no fue sólo el diálogo de dos países poderosos, fue el diálogo de dos civilizaciones.

Allí hubo una señal importante para el reordenamiento que va tomando el planeta en el siglo XXI. Por primera vez en este mundo global hay dos civilizaciones que, por lo que declaran, han decidido que la coexistencia y la colaboración son indispensable para la suerte de toda la humanidad. Pero la matriz de sus ideas y el sentido de los tiempos no son los mismos: al decir de algunos, nosotros los occidentales medimos el tiempo en siglos mientras los chinos, desde su cultura de tradición profunda, miden el tiempo en milenios.

Es cierto que muchas veces la historia nos ha mostrado el predominio de dos grandes poderes. Y, a veces, han llegado a sentarse cara a cara. El mundo de la Guerra Fría, con Unión Soviética versus Estados Unidos junto a sus aliados de la "Europa occidental", configuraron esa bipolaridad de fuerzas con desmedro del resto. Sin embargo, Estados Unidos, Europa o Rusia pertenecen, en cierto modo, a la misma configuración. Era una confrontación donde todos debían reconocer ser parte de una civilización gestada en Occidente.

Distinto es el cuadro actual, cuando quien llega de China viene a sentarse a la mesa con la fuerza de una civilización con milenios a cuesta; un país donde el pensamiento de Confucio emerge hace 2.500 años, pero cuya propuesta de articular todo en torno de la "armonía" perdura hasta hoy. Una civilización-continente donde ninguna de sus corrientes de pensamiento tuvo la presencia del Ser Supremo como creador y donde su idioma desconoció en el pasado el verbo "ser", en el sentido de "yo soy". Pero también –como se preocuparon de relatarlo en la inauguración de los últimos Juegos Olímpicos– una civilización que inventó el papel, la brújula, la pólvora, la porcelana, los tipos móviles para imprimir, mientras su economía fue por dos mil años la más avanzada del mundo.

Lo que ha ocurrido ahora es casi un ritual: el presidente de Estados Unidos recibe a quien será futuro mandatario de China, crear un conocimiento mutuo. Ya lo hizo Hu Jintao con el presidente Bush 10 años atrás. Pero ahora, es el encuentro de dos líderes que tienen por delante una convivencia marcada hasta

el 2017 y que, de una u otra forma, definirán caminos a seguir hasta el término de Xi Jinping el 2022. Y con la velocidad que llevan los cambios en China, éste puede ser un periodo fundacional. Sólo un dato: si China tiene hoy 300 millones de personas en la clase media, se calcula que al 2020 sobrepasarán los 600 millones.

Se equivocan quienes ven en este diálogo un G2 donde ambos países definen lo que será el G20 y la salida de la crisis. No se trata tampoco de acuerdos para repartirse el mundo porque eso ya quedó atrás. El desafío está en comprenderse para abordar los grandes temas que hoy sacuden al mundo, porque ni todo el poderío de Estados Unidos ni todo el que China pueda tener harán posible resolver una agenda que ya involucra a toda la humanidad. Sea el tema de la droga, del cambio climático, del agua, de los movimientos migratorios, del comercio o de la paz convulsionada por nuevas amenazas. Todo ello llama no sólo a convivir, sino a pensar y actuar juntos.

¿Y América Latina qué? ¿Cómo podemos entrar en el escenario que emerge con esta nueva realidad? Ahora China es un actor importante en nuestra región, pero los intereses de unos y otros pueden ser distintos o complementarios, según como queramos abordarlo. La cuestión es saber si sabremos manejar con imaginación política el triángulo América Latina–Estados Unidos–China. Si lo hacemos bien, podemos mejorar nuestro poder de negociación con Estados Unidos y con China. De alguna forma, Estados Unidos no es un desconocido para nosotros, no obstante el complejo y duro andar que ha marcado los vínculos históricos de los latinoamericanos con Washington. Pero nos queda un largo camino a recorrer para comprender mejor el fenómeno chino en toda su profundidad. No hemos estado en su historia ni ellos en la nuestra. Ahora, cuando la llamada Quinta Generación se aproxima con Xi a la cabeza para conducir a China hacia el futuro, es más urgente que nunca tener una agenda de diálogo con ese país.

China remarca con frecuencia que su diálogo con Washington se da entre el primer país desarrollado con el primer país en desarrollo. Y si lo vemos así, hay mucho para pensar y hacer en conjunto en el futuro de chinos y latinoamericanos. Allá y acá está el desafío de sacar de la pobreza a millones que aún la padecen; allá y acá está el reto de enfrentar la desigualdad: en China incrementándose; en América Latina negándose a retroceder de sus injustos niveles; allá y acá está la aspiración de resolver en los ámbitos multilaterales los grandes temas contemporáneos. Acceso al conocimiento y a las tecnologías más avanzadas, ciudades vivibles y seguras, generación de energía con recursos alternativos son, entre otras, cuestiones donde el diálogo de chinos y latinoamericanos (con nuestra propia matriz de *civilización occidental*) sea fructífero y novedoso.

Por geografía estaremos siempre aquí, vecinos de Estados Unidos. Por lógica de cooperación e intereses, la realidad global nos pone cerca de China. Ahora se trata, ni más ni menos, de aprender a ver como se entienden Sócrates (470-399aC) y Confucio (551-479aC).